

Toques *Inf. Sept 20/58*

LA HABANA, ENORME

CUBO DE ENGRUDO

Por VALDES DE LA TORRE

(De la Redacción de INFORMACION)



Llegará un día —a lo mejor mañana o pasado mañana— que observará usted una original escena callejera.

Centenares de mujeres y hombres reunidos frente a una casa de una calle de La Habana, todos muy asombrados, como si estuvieran contemplando un fenómeno extraordinario.

Naturalmente, preguntará qué ocurre ahí. ¿Alguna desgracia? ¿Fuego?

—Nada de eso.

—¿Y por qué están todos tan asombrados?

—Porque han visto una fachada que tiene medio metro libre.

—¿Cómo se entiende?

—Sí, hijo, que hay un pedacito de fachada sin un pasquín pegado.

Justo es decir que no es nuevo contemplar la capital de la república, el gran centro de atracción turística, una de las ciudades más limpias del mundo, totalmente embarrada de engrudo, y sobre el engrudo unas caras extrañas —algunas que meten miedo— pidiendo el voto a la ciudadanía.

Pero la repetición de las cosas malas no quiere decir, ni en derecho, ni en moral, ni en cívica, que sean buenas. Por el contrario, cuando se repiten a costa de una tolerancia intolerable, son más malas todavía.

Toda la capital es un inmenso pasquín, toda la Habana es un enorme cubo de engrudo, toda la ciudad exhibe un inmenso mural —perdón, señores muralistas— de sonrisas pujadas, espejuelos ahumados, "motas" de pelo, "jipis" y demás adornos propios de fotos de pasquín.

Y entre esos adornos, frases huecas, promesas, yo hice, yo haré, vota por mí que no te pesará, el amigo de sus amigos, etcétera.

Alguien me decía: hay muchos de éstos, muchísimos, que saben que no van a salir electos de ninguna manera; son los que la vieja política les llama rellenos, o juguetes de eso que se conoce por "jugar a la minoría". ¿Por qué se retratan? ¿Por qué se pegan en las paredes? ¿Por qué y para qué piden el voto si saben que de nada les va a servir?

A veces hay razones de peso para proceder así, y a veces no son de peso, sino una manifestación más de ese afán —legítimo por cierto— de ser alguien, de ser conocidos por unas cuantas personas más, además de la familia y el bodeguero de la esquina.

—¿Tú eres Cheo Macaco, el de los pasquines?

—Yo mismo, mi viejo.

Esa pregunta ha sido para el "relleno" que ha rellenado las paredes de la ciudad, un magnífico regalo, el mejor momento del día, la ratificación plena de una anhelada popularidad, aunque ésta sea negativa.

Cuando llega a su casa, ya no es a los ojos de su mujer y de los vecinos, el Cheo de antes, el buscavidas, el hombre modesto, el ciudadano del montón, sino un personaje, nada menos que un candidato a concejal "que sale como un cañonazo", porque en las alturas "lo llevan de verdad".

HERNÁNDEZ
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

La mujer del candidato, para hacerle mejor el ambiente de hombre importante, le dice, a presencia de las vecinas, que descanse un poco más y repite que ya la política la tiene hasta aquí, porque está acabando con el pobre Cheo.

Y Cheo sonríe con semblante de hombre público y servicial, y hace un gesto como diciendo que todo sea por la patria y que a veces los amigos lo llevan a uno a ciertas cosas que...

Y su embullo llega a tal punto que pide prestados unos cuantos pesos más, los invierte en nuevos pasquines, llama al hombre del cubo y de la brocha y le dice con energía de todo un candidato:

—Métele mano a los repartos Diezmero y Vieja Linda, que todavía por allá no hay pasquines míos.

El hombre del cubo y de la brocha ayuda, con toda diligencia, a Cheo y demás compañeros de candidatura de Cheo, a embarrar la ciudad... y a infringir la ley.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA